



Desmenuzando unos textos empapados de vida

El año va de caída y en este domingo, ya desde el inicio de la celebración, en la antífona de entrada (Sal 104,3-4), se nos recuerda la finalidad de la vida cristiana: *“buscad continuamente su rostro”* a fin de que podamos brindarle el incienso de nuestro querer, que ha de convertirse en entrega generosa.

Jesús conocía la Torá, la ley de Dios, y se ejercitaba en la oración por medio de la rumia constante de los salmos. Ante la pregunta que le hacen los fariseos que quieren tenderle una trampa, cita, sacándolo de su interior, la profesión de fe en el Altísimo que todo creyente israelita repite dos veces al día: *“Shemá' Jisra'el (שְׁמָע יִשְׂרָאֵל) “Escucha Israel”* (Dt. 6,4) y que constantemente la rumia. Este credo proclama que Dios es uno y único. Escucharlo, conocerlo a través de lo que nos dice, significa adherirse a Él con todo el corazón, con toda la vida, con toda la mente. El itinerario es claro:

a) De la escucha a la fe.

b De la fe al conocimiento.

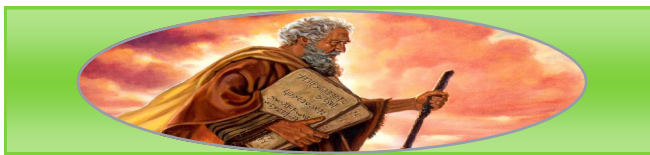
c) Del conocimiento al amor.

Pero, ¿qué significa este mandamiento de amar a Dios? ¿Cómo se puede amar a quién no se ve, cuya presencia es inefable? ¿Tenemos la oportunidad de medir la veracidad de lo que decimos sentir por Dios? No basta con cultivar un anhelo por Aquel que llamamos Señor nuestro.

La verdadera dilección a Dios es siempre fruto de la escucha y acogida de su Palabra, *“más dulce que la*

miel de un pana que destila” (Sal 19/18, 10). De este modo las imágenes de Dios que nos podemos hacer, que no dejan de ser meros ídolos, irán desapareciendo porque Él mismo, como suave amanecer, nos irá mostrando su rostro. De ahí la súplica que ha de brotar del corazón del orante: *“Ábreme los ojos y contemplaré las maravillas de tu voluntad”* (Sal 119/118, 18).

Por otra parte, el creyente canta la ternura de Dios en su santuario interior diciendo: *«Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte»* (Sal 18,2-3), como así acontece en el salmo responsorial de hoy. El lenguaje del amor humano puede expresar el cariño que sentimos por el Señor pero, en realidad, esto no es suficiente para verificar la verdad de nuestro sentimiento.



La verdad de lo que sentimos hacia quien *“hizo el cielo y la tierra”*, se manifiesta llevando el estilo de vida que nos propone. Esto hace que nuestro entusiasmo por el Señor, se convierta en un auténtico deseo de hacer su voluntad.

Los salmos nos muestran este camino de vida con claridad: *«Esto es lo que a mí me toca: guardar tus decretos»* (Sal 119, 56); *“Mira cómo amo tus mandatos, Señor; por tu misericordia dame vida”* (Sal 119,159). Es lo que nos dice Jesús: *“El que me ama, guardará mi palabra”* (Jn 14, 23); *“Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor”* (Jn 15,10).

Amar a Dios con todo el corazón, significa entrar en un conocimiento ardiente que va creciendo en la me-

dida en que se vive escuchando su Palabra con la finalidad de cumplir su voluntad. De esta manera nuestra obediencia se hace respuesta agradecida, que no deriva de una ley que haría de nosotros *“leguleyos”*, sino de la contemplación del rostro de Aquel que es *“todo pasión por nosotros”* (Agápē-ἀγάπη: 1 Jn 4, 8.16).

Es lo que le pide Dios a Israel en el monte Sinaí, y que se concretiza en el día de hoy en la atención generosa a:

Emigrantes. Viudas. Huérfanos.

Pero Jesús da una paso más. Colocó esta ternura por el prójimo junto al primer mandamiento, haciéndolo semejante (ὅμοιοι). La fe en el Señor se manifiesta en el amor al prójimo: el que tenemos a nuestro lado.

El evangelio de este día, junto la lectura primera que le precede, ha de ser una oportunidad para examinar nuestra capacidad de *“obsequiar”* con lo mejor de nuestra vida, a quien se hace cercano y tenemos a nuestro lado. *“Amarás”*. San Agustín lo comentará diciendo: *“El amor de Dios es primero en el orden de los preceptos, el amor al prójimo es primero en el orden de lo práctico... Amando al prójimo, purificáis vuestros ojos para que veáis a Dios”* (Comentario al Evangelio según San Juan 17, 8).

La Palabra proclamada nos mueve a pedir lo que la Iglesia solicita en este día: *“...concédenos amar tus preceptos”* (Or. colecta) porque, de otro modo, nada podremos.



No hay camino
más seguro para
llegar a Dios,
que el amor
al prójimo
San Agustín



Sal 17, 2.3a. 3bc.4. 47 y 51ab

Y Yo te amo, Señor,
tú eres mi fortaleza,
Señor, mi roca, mi alcázar,
mi libertador.

**Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora,
mi baluarte.**

**Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos.
Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador.
Tu diste gran victoria a tu rey,
tuviste misericordia de tu ungido.**

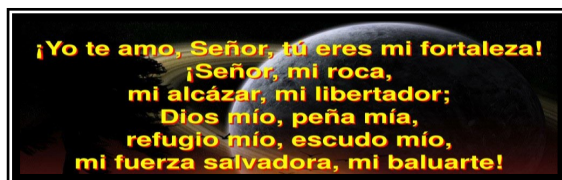
Es un salmo para ser meditado y rumiado en el santuario del corazón. Es de los más largos del Salterio. Todo él rezuma gratitud por la victoria del Rey y la protección que le ha brindado a fin de poder amarnos hasta el extremo (Jn 13,1).

Ha de tenerse en cuenta, de una manera especial, el verso cuarto donde se dice: “Viva el Señor, bendita sea mi Roca”. En esta afirmación se recoge la base teológica de la plegaria; aún mas, se nos regala en la liturgia de este domingo para que lo gustemos haciéndolo nuestro; de esta manera, estas palabras llenas de vida, serán la base de nuestro “alimento”; y

haremos realidad la invitación que nos hace el Señor: .
«El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”» Jn 7,37-38

Cuando leemos o escuchamos las Escrituras, particularmente el Salterio, hemos de tomar conciencia de que estamos bebiendo de la Fuente de la Vida.

Las palabras de este salmo son una bella oración para desgranar cada día a modo de rosario sabroso. Decirle al Rey de la Gloria que es la delicia de nuestro corazón, es ya como un manantial del que brota el gozo de la pascua. Sin embargo, el diario vivir nos dice que la mayoría de las veces se queda en una buena intención. La oración para después de la comunión de este domingo es muy clarificadora: “que obtengamos lo que en la realidad celebramos ahora sacramentalmente”. Y... ¿qué es? Pues que “Cristo nos amó y por nosotros se entregó” (Ef 5,2) como fruto de su constante deseo de cumplir el querer del Padre.



¿Cómo no pedir “concédenos amar tus preceptos” como se hace en la oración colecta? La lectura primera y el Evangelio los resume en ese doble mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo”. Precioso incienso que se ofrece “para gloria y alabanza de su nombre”, como se recoge en la oración sobre las ofrendas, y que es la finalidad de la liturgia (S.C.6).

Pero para poder comprender la norma que se nos da, hemos de poner nuestros ojos, sobrecojidos y agradecidos, en el misterio de la cruz. “La Cruz es símbolo de Dios mismo que desciende del cielo. Él la ha escogido como signo de su obra de amor”. (O. Casel o.s.b)

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XXX
tiempo “per annum” “A”**

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



Esto dice el Señor: No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. No explotarás a viudas ni a huérfanos. Si los explotas y gritan a mí, yo escucharé su clamor, se encenderá mi ira y os mataré a espada; vuestras mujeres quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos. Si prestas dinero a alguien de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usurero cargándole intereses. Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo, ¿y dónde, si no, se va a acostar? Si grita a mí, yo lo escucharé, porque yo soy compasivo. **Éxodo 22, 21-27**